

SERIE DORADA

Los orígenes puritanos del patriotismo americano

por Daniel BLANCH

GEORGE MCKENNA, *The Puritan Origins of American Patriotism*, Yale University Press, New Haven, London, 2007. 431 páginas.

La idea puritana de un acuerdo santo entre la comunidad humana y Dios siempre tuvo una presencia destacada en el pensamiento americano, siendo la base de y la esperanza para el establecimiento de una nación justa...Desde mediados del siglo diecisiete los habitantes de Nueva Inglaterra se habían convencido de que eran un pueblo con una “tarea” especial en el Nuevo Mundo¹.

Este libro se centra principalmente en los debates religiosos y enfrentamientos políticos que tuvieron lugar en los Estados Unidos en torno a las ideas propuestas por los puritanos. Según nuestro autor, los puritanos conjugaron lo religioso y lo secular en una misión divina para el país². Algunas de las voces que aparecen en el trabajo de McKenna podrían parecer hoy algo distantes, incluso poco interesantes para los que no somos especialistas en religión; pero en las democracias los enfrentamientos civiles y religiosos tarde o temprano se plasman en cuestiones políticas que van forjando las bases de nuestros sistemas democráticos actuales. Cuestiones como la predestinación, la libertad de creencias y la descentralización religiosa han impactado en las sociedades del pasado, traduciéndose posteriormente en asuntos que de alguna manera definen la política contemporánea.

¹ “The Puritan idea of a holy covenant between the human community and God had always been a prominent strain in American thought, serving as the basis and hope for establishing a righteous nation...From the mid-seventeenth century New Englanders had convinced themselves that they were a people with a special ‘errand’ to perform in the New World” (p. 132).

² George McKenna es profesor emérito en el City College de la City University of New York, donde ha sido profesor de Gobierno y Pensamiento Americano durante cuarenta años.

El puritanismo es considerado por los historiadores como el único movimiento religioso que tuvo un efecto real en la Revolución americana. Para Sheldon S. Wolin los puritanos actuaron como los primeros legisladores, estableciendo una serie de tradiciones políticas básicas para la comunidad o *commonwealth* (p. 4). A lo largo de la historia de EE. UU. se ha mantenido constante la percepción de ser un pueblo aparte, con una misión providencial derivada de los principios políticos y mitos fundacionales de la nación. Ya en 1630 John Winthrop (1588-1649) proclamaba que los colonos ingleses serían en América una “ciudad en la colina”, visibles al mundo entero (p. 19). Esta cultura de los puritanos se iría extendiendo por toda Nueva Inglaterra, y luego por el nuevo país, creando las bases del patriotismo nacional.

Muchos predicadores entre los colonos tomaron como punto de referencia los escritos de los puritanos ingleses, y sobre todo de William Ames (1576-1633), autor del texto más influyente entre los *pilgrims: The Marrow of Theology (La médula de la teología)*³. Ames defendía una teología mucho más activista que la visión calvinista dominante, contraria al esfuerzo humano como medio para alcanzar la salvación. Los puritanos llegarían a tener algunos enfrentamientos serios sobre esta cuestión, dado que los seguidores de Ames completaban la predestinación con la acción, considerando que “el pecador puede encontrar la salvación por un proceso complicado y doloroso de examen personal” (p. 25)⁴. No todos los puritanos estaban de acuerdo en que se podía actuar para alcanzar la salvación, pero sí coincidían en la necesidad de ejercer un examen constante de sí mismos y de la sociedad⁵.

En la primera mitad del siglo diecisiete los puritanos establecían comunidades políticas en Nueva Inglaterra bajo la idea de una devoción cristiana que se traduciría en capacidad de liderazgo político por parte del individuo. Aunque algunos argumentaban que bastaba con tener una comunidad santa, los más radicales sostenían que los líderes debían mostrar una profunda fe y devoción cristiana. El liderazgo de la comunidad política dependía de una experiencia interior de renovación personal. Los puritanos confiaban en su misión divina,

³ Este libro fue publicado originalmente en 1623, mientras Ames impartía clases en los Países Bajos, donde se había refugiado huyendo de la persecución en su país natal. En lugar de la pasividad ante la elección divina, la teología de Ames se manifestaría en la voluntad de santificación, que requería una acción por parte de los elegidos.

⁴ “The sinner can find salvation through a complicated, painful process of self-examination”.

⁵ Evitaremos entrar en excesivas distinciones teológicas o terminología religiosa para centrarnos en la tesis central del libro: el patriotismo como producto de una visión particular de la naturaleza del destino y del propósito de los colonos en el Nuevo Mundo.

se sentían *llamados*, pero a su vez temían la ira de un Dios justiciero. Para evitar el juicio divino sobre su comunidad, debían mantener una actitud de reforma social que mantuviese la moral y la pureza de su *commonwealth*, en conjunción con un patriotismo basado en la grandeza del llamamiento recibido por este pueblo.

La idea del ser humano como depravado tuvo una importancia clave en los orígenes puritanos de Norteamérica⁶. El reavivamiento espiritual que se produjo en torno a 1740, conocido como *el Gran Despertar (the Great Awakening)*, funcionó como un revulsivo para democratizar la jerarquía eclesiástica, pues permitió que cualquier creyente pudiese ocupar un lugar destacado en la congregación. Estas experiencias espirituales tuvieron un marcado carácter de espontaneidad, mezclando a la gente común en escenas de fraternidad y devoción. Ya no era sólo un país de libertad e igualdad; junto a estos valores surgía la *fraternidad* como un nuevo impulso capaz de alentar una serie de ideas políticas contrarias al control de las colonias por parte de Gran Bretaña.

El lenguaje religioso seguía su marcha hacia la esfera pública, ayudando a preparar a los ciudadanos para un enfrentamiento con el Imperio británico, que sería identificado en diversos escritos norteamericanos con la tiranía e incluso con la temida mano del papado. Esta nueva corriente separatista buscaba convertir el fervor religioso en un patriotismo nacionalista dispuesto a luchar contra el opresor inglés. Más de un siglo después de la fundación de las primeras colonias inglesas, muchos de los Padres Fundadores de EE. UU. mostraban aún sus raíces puritanas, y casi todos reconocían su influencia. El que sería cerebro militar de la Guerra de la Independencia (1776-1783) y primer presidente, George Washington (1732-1799), estaba convencido de que Dios actuaba claramente en cada paso del establecimiento de este nuevo país, de forma análoga a lo acontecido en la historia de las doce tribus de Israel en la tierra prometida. Incluso Thomas Jefferson (1743-1826), que propugnaba un deísmo alejado del puritanismo, reconocía que Dios actuaba en los acontecimientos de la historia, y entre ellos estaría la liberación de las colonias norteamericanas.

Desde mediados del siglo diecisiete los puritanos fueron transformados en la imagería popular, dejando atrás una realidad histórica para convertirse en símbolos del patriotismo: pasaron de ser un pueblo que buscaba refugio de la per-

⁶ Más adelante la teología del inglés John Wesley (1703-1791) tendría una influencia contraria a la del calvinismo, pues el metodismo de Wesley ponía el acento en la libertad del hombre para elegir su destino. La disputa teológica sobre si las personas están predestinadas a experimentar la salvación, originada en Ginebra en tiempos de Jean Calvin (1509-1564) durante la Reforma protestante, volvería a resurgir con frecuencia en los inicios de EE. UU.

secución a ocupar el rango de verdaderos visionarios dispuestos a evangelizar el mundo; luego se transformarían en defensores de las libertades dadas por Dios ante los embates del Imperio británico; y tras la Guerra de la Independencia serían recordados como *padres* benevolentes que velaban por su pueblo e inculcaban sanos hábitos de laboriosidad y ciudadanía (p. 76). Los estereotipos acerca de los hábitos puritanos, la austeridad, el orden, la ambición y la pasión por la educación, se mantuvieron incólumes a pesar de los cambios sociales.

Durante las décadas posteriores a la Revolución norteamericana los protestantes evangélicos lanzaron una cruzada para traer la salvación al resto del país. Esto se plasmó en una serie de intentos por vincular moralidad y política con el fin de fomentar una sociedad vigorosa y recta. Así, según McKenna, “en el proceso amplificaron y reforzaron el mito fundacional de EE. UU.: era una nación cristiana fundada en la libertad. En sus mentes la libertad republicana siempre iba emparejada con el cristianismo” (p. 80)⁷.

Aunque la Constitución de EE. UU. no mencione el cristianismo, la cultura del país lo vivió continuamente como una parte importante de la política. La estructura constitucional del país resultaba fría sin el calor de la devoción a una tierra prometida, un paraíso terrenal. Se podría decir que EE. UU. ha sido reconocido siempre como un país especialmente susceptible de mezclar religión y ciudadanía. En la primera mitad del siglo diecinueve se manifestó en una serie de movimientos religiosos dirigidos hacia la reforma de la sociedad, siempre desde una perspectiva individualista. La fe era entendida primeramente como algo entre Dios y el individuo, aunque luego se expresase en una moralidad social que debía caracterizar a toda la comunidad. Estos reavivamientos avanzaron en la década de 1830 de la mano de dos grandes figuras: Charles Finney (1792-1875) y Lyman Beecher (1775-1863). El primero consiguió impactar en las masas, que se volvieron en gran número hacia la fe; y el segundo fue el forjador de la era victoriana en Norteamérica, que algunos verían como un puritanismo basado en el fundamentalismo y el milenarismo, la visión de que en EE. UU. florecería la era bíblica de la paz llamada *milenio*.

Ahora bien, esta reforma social incluía una cierta intolerancia hacia el papado. La religión romana era vista como contraria a toda forma de republicanismo, como una religión centralizada y oscura, antidemocrática. La oposición de Beecher al catolicismo fue adoptada o re-editada por un gran número de voces diversas en la sociedad estadounidense, sobre todo debido a la gran afluencia de inmigrantes

⁷ “They amplified and reinforced America’s foundational myth: America as a Christian nation founded in freedom. In their minds republican freedom and Christianity always went together”.

irlandeses en esos años. Bien es verdad que en su encíclica de 1832 el Papa Gregorio XVI hizo bastante por aumentar los temores con su oposición a la libertad de conciencia. En todo caso, los protestantes del norte de EE. UU. eran contrarios a la esclavitud y se concebían como tolerantes con los negros del sur, pero no tanto con los inmigrantes irlandeses, católicos y pobres, que estaban a sus puertas. Para McKenna el anti-catolicismo fue una piedra angular del edificio puritano. Tal vez hoy en día cueste reconocerlo, pues el patriotismo no está ahora claramente asociado al protestantismo únicamente, pero sí lo fue en los orígenes del país, y durante más de un siglo. Así, “el anti-catolicismo no fue un elemento adventicio de la retórica patriótica estadounidense... sino una premisa fundamental en la narrativa americana ofrecida a lo largo del tiempo por los puritanos” (p. 100)⁸. Según Michel Chevalier, un visitante francés en Norteamérica en la década de 1830, el protestantismo americano era netamente republicano, pues el puritanismo tenía como distintivo el autogobierno, tanto religioso como político (p. 101). A ojos de muchos protestantes el catolicismo era el polo político opuesto: una religión jerárquica y anti-republicana.

Según McKenna esto llevó a un verdadero auge del apoyo a la separación de iglesia y Estado en EE. UU., pero curiosamente esto no tenía nada que ver con la separación de religión y Estado. Se refería exclusivamente a evitar que una iglesia o corriente religiosa obtuviera el patrocinio del Estado. En lugar de establecer un Estado aconfesional, la opinión pública en su mayoría buscaba mantener un pluralismo religioso (p. 101). No se percibía ninguna contradicción entre aprobar ejercicios religiosos en los colegios públicos y a la vez pedir la separación entre iglesia y Estado. Había que evitar el establecimiento de una sola religión, pero la religión en general era considerada beneficiosa para el país (p. 103).

La principal corriente disidente del norte durante esta época estuvo representada por los trascendentalistas, cuya voz principal fue Ralph Waldo Emerson (1803-1883)⁹. Estos libre-pensadores trataron de formular un modo de vida utópico que se desarrollaría en comunas establecidas en las cercanías de Boston; ahora bien, sus intentos por crear visiones alternativas fueron más exitosas en el plano teórico que en sus iniciativas prácticas. Entre estos pensadores disconformes estaba Nathaniel Hawthorne (1804-1864), que alcanzó la fama con su obra *La letra escarlata*, de 1850. Su retrato de los puritanos como una comunidad

⁸ “Anti-Catholicism was not an adventitious element in American patriotic rhetoric, a prejudice that sometimes got attached to it... but a foundational premise in the American narrative handed down by the Puritans”.

⁹ Véase el capítulo sobre Emerson en Cornel West, *La evasión americana de la filosofía*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.

moralmente opresiva no pretendía ser una crítica acérrima, sino más bien una imagen de lo que era la cohesión social y el tejido moral fundacional de Norteamérica. El propio Hawthorne era descendiente de uno de los jueces involucrados en la caza de brujas de 1692; sin embargo, en sus escritos no muestra sentido de culpa por el legado de su familia, sino que sencillamente plasma la realidad que él consideraba existente durante los orígenes del país. Según McKenna:

No hay ni héroes ni villanos, por lo tanto, no existe un *j'accuse* contra la sociedad en el espiritismo delicado de Hawthorne. Solo está el alma humana y su requisito más básico, el único que Hawthorne cita explícitamente como lección de la experiencia del pobre Arthur Dimmesdale: “Sé fiel [a ti mismo], sé fiel [a ti mismo], sé fiel [a ti mismo]. Muestra con libertad al mundo, si no lo peor, por lo menos algún rasgo por el cual puedan inferir lo peor [de ti] (p. 126)¹⁰.

Estaba claro que los puritanos seguían influyendo en el contexto norteamericano; el siglo y medio que había pasado desde la caza de brujas no había borrado sus huellas en la sociedad de Nueva Inglaterra. Los dos partidos que competían por el electorado en esta época mostraban aún raíces puritanas. Para los Demócratas, Norteamérica tenía un destino —la grandeza— que sólo requería el esfuerzo de cada familia por incrementar su propia riqueza. Era una política de *laissez-faire*, pues se consideraba que con muchos esfuerzos individuales se llegaría a un destino colectivo y nacional glorioso (p. 108).

En cambio los Whigs defendían un nacionalismo colectivo; hablaban del valor de un sistema de gobierno republicano, poniendo el énfasis en una visión un tanto elitista de la política. Esta filosofía de mejora nacional estaba sostenida por la idea de que EE. UU. sería una nación grande si seguía los principios puritanos de sacrificio y moralidad. Daniel Webster (1782-1852), el destacado político Whig, expresaba los orígenes puritanos de Nueva Inglaterra como la luz que iluminaría una política nacional virtuosa y gloriosa. El Partido Whig, llamado “el fantasma del puritanismo” por su estrecha vinculación a la tradición protestante del nordeste, encarnaba el espíritu puritano de mejoras económicas, sociales y espirituales (p. 195). Los Whigs llegarían a influir profunda-

¹⁰ “There are no heroes or villains, then, nor is there any kind of *j'accuse* against society, in Hawthorne’s gentle spiritism. There is only the human soul and its most basic requirement, the only one Hawthorne explicitly cited as the lesson taught by the experience of poor Arthur Dimmesdale: ‘Be true. Be true. Be true. Show freely to the world, if not your worst, yet some trait whereby the worst may be inferred’”.

mente en la filosofía del que sería presidente durante la Guerra Civil, Abraham Lincoln (1809-1865)¹¹.

Arraigado en la mentalidad puritana de reforma, el movimiento por la abolición de la esclavitud se fue convirtiendo paulatinamente en una nueva religión secular: el verdadero patriotismo consistía en defender a los negros de la opresión blanca. En este contexto surgió el conocido abolicionista John Brown (1800-1859), cuya acción al tomar un arsenal militar en 1859 le valdría el reconocimiento como el mártir más célebre de la causa abolicionista. En poco tiempo el país estaría enfrascado en una guerra civil, debido en buena medida al movimiento contra la esclavitud, aunque el detonante directo sería el enfrentamiento sobre el derecho a la secesión de los estados miembros de la Unión. Durante esta época se establece la fiesta nacional del Día de Acción de Gracias, que el presidente Lincoln instituyó para fortalecer las raíces puritanas del país, recordando la concordia que habría existido en Nueva Inglaterra entre indios y colonos en otoño de 1621¹².

Tras la Guerra Civil americana, en la década de 1870 hubo un intento por eliminar cualquier rastro de religión del espacio público. Estos *liberales* o defensores de la separación total (“total separationists”) consiguieron en 1876 acordar una enmienda a la Constitución que parecía tener muchas posibilidades de éxito. Al final fue frustrada por los defensores de los derechos de los estados, que apoyaban la idea pero no eran partidarios de dejarla en manos del gobierno federal; entendían que esta cuestión caía bajo el ámbito de competencia de los estados, muchos de los cuales introdujeron leyes o enmiendas para separar iglesia y Estado en los años posteriores a la derrota de la enmienda a la constitución nacional (p. 171).

A finales del siglo diecinueve Walter Rauschenbusch (1861-1918) compaginó el puritanismo con el socialismo, postulando un socialismo cristiano y americano. Según este pensador, el puritanismo sería el punto de partida de las democracias modernas y por ello EE. UU. tenía una misión democratizadora a nivel global, si es que conseguía superar la avaricia y el capitalismo feroz que debilitaban su mensaje. Esta misión del país tuvo una proyección menos socialista pero más global durante la Primera Guerra Mundial, a manos del presiden-

¹¹ Webster se oponía a que el gobierno nacional fuese siervo de veinticuatro señores a la vez —los estados que componían la Unión—. Esto contrastaba con la política de pacto federal (*compact*) de estados independientes que proponía el principal representante del sur antes de la Guerra Civil, John Calhoun (1782-1850).

¹² Lincoln fue un presidente capaz de enunciar grandes principios y luego buscar acuerdos pragmáticos. Por otra parte, fue hábil en establecer matices en sus elogios a la cultura puritana, y recordó en 1861 que los norteamericanos eran el pueblo “casi-elegido” de Dios (“almost chosen people”). Véase, en contraste, el lenguaje idealista del presidente Woodrow Wilson durante la Primera Guerra Mundial.

te Woodrow Wilson (1856-1924), que en su defensa del Tratado de Versalles en 1919 proclamó lo siguiente ante el Senado:

Entramos en esta guerra como defensores desinteresados de lo justo. El escenario está listo, el destino es evidente. No es el resultado de un plan nuestro sino de la mano de Dios que nos ha guiado. No podemos retroceder. Sólo podemos avanzar, con los ojos levantados y el espíritu rejuvenecido, siguiendo nuestra visión. Con esto soñamos al nacer; ciertamente, América mostrará el camino (p. 204)¹³.

Esta perspectiva tan ambiciosa de mesianismo americano en buena medida caracterizaría la política exterior estadounidense en el siglo veinte.

En ocasiones han surgido voces que clamaban contra este legado histórico; así, el filósofo George Santayana (1863-1952) decía en 1911 que el pensamiento norteamericano sería impotente e irrelevante hasta que se despojase de los vestigios del “rancio puritanismo del pasado” (p. 209). Sin embargo, la tendencia social iba en dirección contraria. La última gran cruzada del siglo veinte, que unió a diversos sectores de EE. UU., fue la prohibición del alcohol en 1920. Esta enmienda constitucional recibió el apoyo tanto de la derecha como de la izquierda religiosa, que veían en ella un modo de reformar la moralidad del país. ¿Eran de tendencia puritana? Los puritanos nunca consideraron las bebidas alcohólicas como algo que fuese necesario prohibir. Pero sí apoyaban la reforma social, y en ese sentido podríamos decir que el movimiento prohibicionista tuvo un espíritu puritano. Aunque durante los años veinte se llegó a culpar a los puritanos de la prohibición del alcohol y a tachar el legado puritano de anti-intelectualismo y de mostrar una moral victoriana, la verdad es que los puritanos fueron grandes bebedores, amantes del saber y nada discretos en cuanto a las funciones corporales. La cruzada moral de principios del siglo veinte poco tenía que ver con los colonos ingleses de finales del siglo diecisiete¹⁴.

Académicos como Reinhold Niebuhr (1892-1971) y, sobre todo, Ralph Perry (1876–1957), buscaron en los años treinta formas de conectar con las raíces puritanas de Norteamérica. Para Perry el puritanismo portaba la semilla de la democracia, del individualismo, de la libertad de pensamiento religioso y político. Este historiador buscaba una vuelta al pasado con el fin de revitalizar el país; el puritanismo en conjunción con la democracia llevaría al país hacia un futuro

¹³ “We entered the war as the disinterested champions of right. The stage is set, the destiny disclosed. It has come about by no plan of our conceiving, but by the hand of God who lead us into this way. We cannot turn back. We can only go forward, with lifted eyes and freshened spirit, to follow the vision. It was of this that we dreamed at our birth. America shall in truth show the way”.

¹⁴ En todo caso, esta prohibición, que duró hasta 1933, no significó la ausencia de alcohol sino su clandestinidad, como atestiguan las historias, novelas y películas de aquella época.

glorioso: “El puritanismo nos aporta la idea pesimista de la difícil situación actual del hombre; la democracia, la afirmación optimista de sus esperanzas y posibilidades” (p. 256)¹⁵. El progreso sólo llegaría con una mezcla adecuada de las dos cosas, puritanismo y democracia.

Ahora bien, el patriotismo más intransigente surgiría tras la Segunda Guerra Mundial, con las imágenes de aquel conflicto, el espionaje soviético en las altas esferas del gobierno y la reacción del senador Joseph McCarthy (1908-1957) con sus investigaciones a políticos, científicos, cineastas y otros supuestos *traidores*. Whittaker Chambers (1901-1961), que pasó de ser comunista a participar en la cruzada anti-comunista, siguió esta corriente que, según Hannah Arendt (1906-1975), lo ve todo desde una perspectiva dicotómica, enfrentando una fe (comunismo) con otra (anti-comunismo) en lugar de percibir la diferencia entre libertad y tiranía (p. 272).

Durante la presidencia de Dwight Eisenhower (1953-1961) se fueron afianzando los símbolos religiosos en el espacio público con el fin de crear un distanciamiento de los postulados ateos del comunismo soviético. En las palabras de Will Herberg (1906-1977):

El sueño puritano de un nuevo “Israel” y una nueva “tierra prometida” en el Nuevo Mundo, el “*novus ordo seculorum*” de la Gran Insignia de los Estados Unidos refleja la perenne convicción americana de que en el Nuevo Mundo un nuevo comienzo tuvo lugar, estableciéndose un nuevo orden, profundamente diferente y superior a las instituciones decadentes del Viejo Mundo. Esa convicción surge de la realidad más temprana de la historia americana, y fue nutrida continuamente a lo largo de muchas décadas de inmigración hasta este siglo por las experiencias y expectativas subyacentes de los inmigrantes...Y esta convicción sigue vigente en la mentalidad norteamericana, apenas tocada por la nueva forma del mundo y el reto de los “nuevos órdenes” del siglo veinte: el nazismo y el comunismo. Este es el secreto de lo que observadores externos deben tomar por la increíble auto-justificación en los estadounidenses (pp. 282-283)¹⁶.

¹⁵ “Puritanism supplies the pessimistic realization of man’s present predicament, democracy the optimistic affirmation of his hopes and possibilities”.

¹⁶ “The Puritan’s dream of a new ‘Israel’ and new ‘Promised Land’ in the New World, the ‘*novus ordo seculorum*’ on the Great Seal of the United States reflect the perennial American conviction that in the New World a new beginning has been made, a new order of things established, vastly different and superior to the decadent institutions of the Old World. This conviction, emerging out of the earliest reality of American history, was continually nourished through the many decades of immigration into the present century by the residual hopes and expectations of the immigrants...And this conviction still remains pervasive in American life, hardly shaken by the new shape of the world and the challenge of the ‘new orders’ of the twentieth century, Nazism and Communism. It is the secret of what outsiders must take to be the incredible self-righteousness of the American people”.

Con el tiempo la visión puritana se había ido extendiendo paulatinamente a grupos que antes estaban excluidos, como los católicos y los habitantes del sur. A mediados del siglo veinte sureños y católicos eran ya considerados como buenos estadounidenses que participaban de las raíces puritanas de Norteamérica. De hecho, estos dos grupos serían los que más contribuirían al patriotismo nacional de finales del siglo veinte, mientras que las zonas puritanas tradicionales pasarían a ser las menos patrióticas, sobre todo tras el escándalo de Watergate. En 1974 el presidente Richard Nixon (1913-1994) dejaría la presidencia en ignominia, y con ello se desvanecería todo apoyo a la democratización estadounidense del mundo, sobre todo por los efectos de la guerra de Vietnam. EE. UU. se iría replegando, convirtiéndose en un país sin aspiraciones transoceánicas, sin misión. Ya no era suficiente que el país se reformase para ser una luz al mundo; en los años sesenta y setenta creció el sentimiento de que había que dejar atrás el idealismo de una misión americana¹⁷.

Ronald Reagan (1911-2004) ofreció el antídoto a este sentimiento de antiamericanismo que empezaba a dominar el país. Con un lenguaje de corte puritano y de misión divina, este presidente volvió a fortalecer la visión americana de un propósito para el país: “En mi interior siempre he pensado que América tenía un sitio especial en el esquema divino de las cosas, distinguida como una tierra prometida” (p. 340)¹⁸. A su vez, Reagan fue capaz de transformar la visión puritana de Norteamérica: la autocrítica ya no era algo fundamental para el éxito del gran cometido nacional, pues ahora el país se merecía el respeto internacional¹⁹. Los puritanos habían mantenido la convicción de que los males que sufrían procedían de la justicia divina, pero esta idea había quedado relegada al pasado. A partir de los años ochenta y noventa, en la época de los presidentes Reagan y George Bush padre e hijo, las tragedias que sufría el país venían de males externos, no de males causados por Norteamérica. Ese fue, por lo menos, el lenguaje

¹⁷ McKenna hace un repaso interesante de los años cincuenta y sesenta, pero no deja clara la influencia puritana en la ideología política de aquellos años, cuando se impuso primero un miedo feroz al comunismo, y posteriormente el desencanto con la Guerra Fría. Incluso los discursos del principal activista de aquellos años, Martin Luther King (1929-1968), no muestran excesivas influencias puritanas.

¹⁸ “I, in my own mind, have always thought of America as a place in the divine scheme of things that was set aside as a promised land”.

¹⁹ Es evidente que el propio Reagan no era nada puritano, pero su lenguaje contenía alusiones constantes a los fundamentos puritanos del país. Ahora bien, la descripción que realiza el autor del Presidente Franklin Delano Roosevelt como puritano suena curiosa tratándose de un hombre de ideas liberales. Aunque en ocasiones utilizase un lenguaje cuasi-religioso para describir la misión de EE. UU., da la impresión de adoptar una perspectiva más oportunista que de devoto.

de destacados dirigentes republicanos, un lenguaje patriótico que alcanzó el primer plano internacional tras el 11 de septiembre de 2001.

En conclusión, la influencia puritana ha sufrido cambios importantes a lo largo de más de tres siglos. La idea original de un país elegido, con una misión providencial que se haría realidad si la comunidad mantenía su fidelidad al llamamiento y a las leyes divinas, se fue transmutando en la visión de un gran país que sería como “una ciudad brillante sobre una colina”, pero que no requería una autocrítica como la que ejercían los puritanos. Los vínculos que McKenna establece entre puritanismo y movimientos sociales y políticos se hacen cada vez más tenues a medida que avanzan los capítulos de este libro, hasta el punto de catalogar como puritanos a políticos recientes que desplegaban una dialéctica puritana sin contenido, con el fin de fomentar un patriotismo devoto.

El autor se centra en la influencia de los puritanos a lo largo de la historia pero no ofrece ningún intento por comparar y ver el peso de otras influencias históricas. McKenna anuncia que el puritanismo ha sido decisivo como factor histórico en EE. UU. sin medirlo con un rasero externo como podría ser el pensamiento clásico, que también tuvo una presencia importante entre los padres fundadores y posteriormente. Algunos estudios históricos de los últimos años sugieren que los conceptos republicanos de justicia y equidad fueron fundamentales a la hora de estructurar el gobierno estadounidense, mientras que la influencia puritana se limitó sobre todo a definir determinados aspectos de la política de los padres fundadores procedentes de Nueva Inglaterra. Incluso entre ellos el impacto del pensamiento clásico romano fue decisivo; no hace falta ir más allá de los pseudónimos que usaban a la hora de publicar opiniones políticas para encontrar la influencia de la historia romana. Aunque se utilizasen imágenes cristianas con cierta frecuencia, durante la etapa fundacional del país era más habitual recurrir a los símbolos y conceptos clásicos, que para los padres fundadores representaban la verdadera cultura democrática o republicana. En *El Federalista*²⁰ los autores examinan multitud de casos y ejemplos clásicos para aducir principios e ideas políticas, pero se limitan a cuestiones de libertad de religión y de pensamiento en sus referencias a los puritanos. Es decir, los puritanos representaban la huida de la opresión, mientras que los ejemplos clásicos de los mitos griegos y romanos representarían la génesis y los fundamentos de la estructura política necesaria para el país. McKenna no entra en esta cuestión, prefiriendo un enfoque que se centra exclusivamente en el legado de los puritanos.

²⁰ Alexander HAMILTON, James MADISON, John JAY, *El Federalista*, Akal, Madrid, próximamente.

Ahora bien, resulta interesante constatar que el término puritano ha llegado en ocasiones a englobar todo lo que ciertos grupos sociales despreciaban o rechazaban del pasado. Lo puritano se ha ido transformando en algo arcaico, sectario, hipócrita, o relacionado con alguien que hace alarde de virtudes y que es contrario a la tolerancia o a la libertad. La historia pinta una imagen mucho más compleja, con contradicciones, y también nos recuerda que estos epítetos se podrían aplicar a muchos otros grupos sociales de esa época.

En todo caso, McKenna nos lleva a preguntar, ¿es posible hablar de patriotismo estadounidense sin referirnos a las raíces ideológicas de los puritanos, a los fundamentos cristianos del país, con su adaptación de la simbología y de las fuentes judías? McKenna se dedica a hacer distinciones teológicas al principio de su obra, pero poco a poco va usando el término puritano en un sentido cada vez más amplio, refiriéndose a todo tipo de alusiones bíblicas o vínculos religiosos en el campo social o político. Es posible que esto sea el resultado natural de un esfuerzo por trazar la influencia de unas ideas del siglo diecisiete que ya en el siglo veinte no se parecen mucho al sentido original. Sin duda es una debilidad de este tipo de proyectos históricos. McKenna nos plasma con mucho detalle cómo el puritanismo tuvo una influencia fundamental en el establecimiento de una mentalidad democrática, individualista y reformadora en los inicios de la sociedad norteamericana, pero no consigue llevar su hilo hasta el final, pues se va perdiendo en el interesante relato histórico del libro. Curiosamente, McKenna concluye con un intento por relanzar este patriotismo heroico:

Hemos compartido memorias históricas, mitos y “lazos afectivos” en palabras de Lincoln, que trascienden líneas partidistas e ideológicas. Para afrontar con ánimo de hierro el largo y peligroso camino que tenemos por delante, América necesita renovar y fortalecer estas líneas. En este sentido tal vez sea provechoso considerar que, durante tres siglos, cada vez que los americanos se han enfrentado a un gran reto, lo han superado gracias a que grandes líderes de América han redescubierto y abierto la fuente de confianza en sí misma de la nación (p. 374)²¹.

En definitiva, este libro ofrece un repaso interesante aunque desigual de la historia de EE. UU. El dominio del autor tanto de la literatura como de los hechos históricos resulta realmente atractivo para el lector. Los vínculos con el purita-

²¹ “We have shared historical memories, myths, and ‘bonds of affection’, in Lincoln’s words, that transcend partisan and ideological lines. To steel itself for the long and perilous times ahead, America needs to renew and strengthen them. In this respect it may be worth reflecting that, for three centuries now, every time Americans have risen to meet a great challenge, it is because great American leaders have rediscovered and opened the spring of their nation’s self-confidence”.

nismo que establece McKenna son en ocasiones tenues, pues parece que algunos *puritanos* modernos como Franklin Delano Roosevelt (1882-1945) lo fueron solamente en sus discursos, empleando la estrategia dialéctica de apropiarse de los términos puritanos, pero infundiéndoles un contenido moderno y pragmático. En todo caso, sí queda claro el impacto que tuvieron los puritanos en definir el patriotismo estadounidense en torno a la visión de un país singular, con una misión especial, que no siempre era global pero que invariablemente estaría bajo el escrutinio de los demás países. Este patriotismo está nuevamente al alza debido a los acontecimientos del siglo veintiuno; ahora el patriotismo estadounidense propugna el mejoramiento de la sociedad en un contexto global, y recuerda la historia singular de un país que ha buscado ser la tierra prometida.